

preciamos completamente. Pero un artista de su altura es, á nuestros ojos, igual á un príncipe. Yo pregunto á mi padre, que sabe lo que vale una inteligencia, y que clasifica equitativamente los valores sociales, si no cree que un gran escritor, un gran pintor ó un gran compositor, admirados en todo el universo, no están para él á la misma altura que un Pierpont Morgán ó un Rockefeller.

—Completamente—dijo Brandón.

—Y, de haber alguna diferencia en favor de unos ó de otros—agregó tranquilamente miss Susana,—yo creo que la ventaja sería para un gran artista. El más grande atesorador de oro morirá, y sus millones se dispersarán al azar en manos de herederos ó de sucesores. El gran artista sobrevivirá en la memoria de los hombres, y sus obras permanecerán enteras, indestructibles y gloriosas.

Con voz tranquila y sonora miss Susana había pronunciado estas entusiastas palabras, con los ojos fijos en el hermoso rostro de Derstal, y el artista creyó que la rica americana se le ofrecía. Un escalofrío recorrió su cuerpo, y su corazón se dilató de orgullo. Pensó en todo lo que representaba de dominación asegurada el goce de la inmensa fortuna que un día había de poseer la joven. Un artista podría realizar sus ilusiones, materializar su ideal y hacer de la vida una especie de sueño de hadas espléndido, que rebasaría los recursos de su imaginación. ¿No sería un destino único? ¿Qué hazañas no cometería el héroe de

una tan extraordinaria aventura, y qué obstáculos podrían oponerse á la realización de sus caprichos? ¿Tendría necesidad de la ayuda de un rey para fundar un Bayreuth consagrado á sus obras? Se construiría un templo á sí mismo, y sería su propio dios.

En aquel momento la voz de Lavirón surgió entre sus recuerdos, diciéndole:

—No puede haber creación superior más que en el recogimiento. Es preciso saber sufrir para engendrar una obra. Los artistas son seres predestinados para el dolor, y la gloria les recompensa su abnegación y energía. El calvario á lo alto del cual hay que llegar para ser adorado como un dios, es áspero, rudo y difícil. Hay que regar el camino con sudor y con sangre; pero cuando alguno llega á su cumbre, es visto de toda la tierra, y los pueblos conservan para siempre su imagen en sus recuerdos.

Derstal salió de su sueño y fijó sus ojos en los que le rodeaban. Vió á Harry pretencioso y vano, incapaz de poner de acuerdo su incapacidad con su ambición; á Susana, caprichosa y frívola, seducida por el resplandor del nombre que ya había conquistado, pero ligera y dispuesta á olvidarle por un nuevo héroe de salón, explorador, inventor ó *sportmen*. En cuanto al padre y á la madre, no eran más que unas buenas gentes, enfatuadas con su inmensa fortuna, creyendo que con oro podían conseguirlo todo. En un instante, y con una cla-

ridad absoluta, Derstal se vió expuesto á convertirse en el burlador de su ambición, en complicidad con aquellos millonarios. No quiso, y como los postres terminaban, dijo:

—Son ya las doce, y si ustedes me lo permiten, me retiraré. Llegaré á la hora precisa para ver cómo el dueño de mi casa mete sus panes en el horno.

—¿Tan dormilón se ha vuelto usted?—preguntó Harry, ofreciendo un cigarrillo á Derstal.

—Me levanto temprano, como un obrero, y á medio día ya he terminado mi tarea.

—Siendo así—dijo Brandón,—la góndola le conducirá á usted.

—De ningún modo; por las callejuelas llegaré más pronto.

—¿Volveremos á vernos?—le preguntó Susana con una sonrisa.

—Seguramente. Pero no vuelvan ustedes á turbar la tranquilidad de la casa en que vivo. Harían ustedes que mi estancia en ella me pareciese imposible. Ni siquiera conocen mi verdadero nombre.

—Entonces, ¿cómo recibe usted sus cartas?

—Voy á buscarlas yo mismo á la lista de Correos todas las mañanas. Por lo demás, nadie me escribe.

Los americanos cambiaron una mirada de sorpresa. Brandón dijo con admiración:

—Verdaderamente es usted novelesco. Se niega

usted todas las comodidades de la vida, y se representa á sí mismo el papel de un hombre desgraciado, sin más fin que el de azotar su imaginación. Es extraordinario; yo trabajo mejor entre mi familia y con comodidades; pero cada uno hace lo que le parece.

—¿Comerá usted con nosotros pasado mañana en el hotel Danieli?—preguntó Harry.

—Con mucho gusto.

—Entonces, convenido. Pero, siquiera esa noche, póngase usted frac y corbata blanca.

Los americanos cambiaron una sonrisa. Derstal, sospechando algún complot, estuvo á punto de interrogar á Harry; pero tuvo la orgullosa indiferencia de no querer darse por entendido, y despidiéndose de sus amigos, se alejó.

Si hubiese vivido menos retirado, si solamente hubiese leído los periódicos ó consultado los carteles de los teatros, habría comprendido en seguida el secreto que la familia Brandón se complacía en ocultarle. Habiendo terminado su contrato en la *Scala*, la compañía italiana que daba las representaciones de *Erín* en Milán, era esperada en la *Fenice*. Y con objeto de dar á Derstal la sorpresa de llevarle á oír su obra, era para lo que Harry le había invitado. El espectáculo prometía ser magnífico. Toda la alta sociedad veneciana se aprestaba para festejar el talento de los artistas encargados de interpretar la obra. Marini, el rival de Tamagno, una de las más hermosas voces

de Europa, y la encantadora Pozzoli, que tan bien había cantado la *Desdémona*, de Verdi, eran los encargados de encarnar los dos principales personajes. El reparto estaba hecho con mucha escrupulosidad. Actores de valer se habían encargado de los papeles de menor importancia, y el conjunto prometía ser excelente. El Círculo de las Artes había tomado la iniciativa del movimiento que se hacía alrededor de estas representaciones. La reciente noticia de que Derstal estaba en Venecia había excitado una gran curiosidad, y ya el *Corriere* anunciaba que el ilustre compositor asistiría á la primera representación de su obra. Para llevarle, los Brandón habían tomado un doble palco proscenio. Se proponían gozar con Oliverio de su triunfo.

Mientras que toda esta intriga se preparaba, Derstal, ignorando completamente la sorpresa que le reservaban, había reanudado su trabajo, pudiendo notar que el desorden introducido en su reglamentada vida repercutía de un modo sensible en sus ideas, quitándole su pasada limpidez. Estaba, pues, dispuesto á mandar al diablo á sus amigos americanos, á la comida y al traje que se tenía que poner para asistir á ella; pero el azar se encargó de informarle. El mismo día de la representación se había tendido en su cama después de almorzar; pero como no dormía, pudo oír que en la habitación vecina la joven María Pía le decía á su madre:

—Sí, es el mismo nombre que yo he visto en el cartel. Pero ¿es posible que sea él?

—No hables tan alto, María Pía. ¿Cómo un monseñor habría venido á vivir durante dos meses entre nosotros, y en el barrio más pobre de Venecia?

—Sin embargo, escribe música todos los días, y canta muy bien.

—Eso no indica nada.

—Mi hermano dice que ha visto el retrato del maestro en el escaparate de la gran librería de los *Procuraties*, y afirma que el parecido es completo.

Derstal, oyendo esos detalles, sintió germinar en él una viva curiosidad. Incorporándose, se puso á escuchar con mayor atención.

—Sí—repuso María Pía.—Cepillando su sobretodo he encontrado en un bolsillo una cinta cosida por el sastre, y en la que está escrito su nombre, que es éste: Oliverio Derstal; y Oliverio Derstal está impreso en letras muy grandes en el cartel del teatro de la *Fenice*.

De un salto, el compositor se puso en pie. Abrió la puerta, apareciendo en el hueco en mangas de camisa y la mirada interrogadora, ante la venerable mujer y su hija.

—¿Qué significa esa historia que está usted contando?—preguntó con acento imperioso.

—Ya te decía que no hablastes tan alto—dijo la madre. ¡Ah! Ilustrísimo, tú nos has oído....

Pues bien: esta curiosilla pretende que esta noche representan en el teatro una ópera tuya, y me atormenta para que la lleve.

—¿Y por dónde ha sabido esto?

—Por el periódico.

Con el dedo señaló el *Corriere*, que estaba encima de la mesa.

Derstal lo recorrió rápidamente, y en gruesos caracteres pudo leer el siguiente anuncio:

## TEATRO de la FENICE

### COMPañÍA

de la Sig. Angélica Pozzoli  
y del Cab. Gregorio Marini.

### —\* ERÍN \*—

Célebre drama lírico del maestro **Oliverio Derstal**,  
letra de **Claudio Labarre**.

Extrenado con éxito inmenso en el

## TEATRO DE LA ÓPERA de PARÍS

Se fijó en la fecha del periódico, y vió que era la de aquel mismo día. Con gesto indeciso dejó el papel encima de la mesa, y quedó abismado en reflexiones.

—¿No es cierto, señor, que es usted el maestro?—preguntó María Pía con timidez.—¡Oh! sí; no puede ser otro más que usted.

Derstal movió la cabeza, y mirando á la joven, le dijo con sonrisa forzada:

—Sí, María Pía, soy yo, y mi nombre es el que está impreso en el periódico. Pero lo que son las cosas, hija mía; yo hubiera preferido que me dejasen tranquilo.

—¿No está usted orgulloso de que toda una ciudad como Venecia se ocupe de usted?

—Ni poco ni mucho.

—¡Virgen Santísima! ¿Tan orgulloso es usted? Sin embargo, el *Corriere* dice que es usted un genio.

—El *Corriere* es estúpido, y eso no es verdad.

—¡Cómo no ha de ser verdad si está impreso!

Tanta inocencia desarmó á Derstal. Sacó de su bolsillo una moneda de diez francos, y dándosela á María Pía le dijo:

—Me parece que tú tienes ganas de ir al teatro esta noche para oír la música de tu huésped. Pues bien: ve á tomar localidades, y no me hables más de este asunto. Hasta luego.

Entró en su habitación, y encendiendo un cigarrillo, empezó á recorrerla dando grandes pasos. En aquel momento comprendía la causa de la llegada de los Brandón á Venecia; por qué habían perturbado su tranquilo retiro, y su invitación para aquella misma noche. Luego se esforzó para medir el alcance de su intervención. El hecho de ir á buscarle tan lejos, ¿tenía únicamente por origen una amistad fervorosa, cuando él había cor-

tado tan bruscamente su intimidad, y los había dejado tan completamente ignorantes con respecto á su nuevo género de vida? ¿Podía adivinar en su insistencia una segunda intención, que la coquetería de Susana debía explicar fácilmente? De ser así, la fortuna rápida y sin esfuerzos se le ofrecía, y semejante ocasión no vuelve á presentarse nunca si se desaprovecha una vez. Una mujer hermosa y una fortuna incalculable. ¿Cómo podía dudarle, después de las palabras que ante él, y dirigidas á él, habían sido pronunciadas durante la cena en el café Florián? Un gran artista es igual á un príncipe. Entre un hombre ilustre y un archimillonario, ¿puede ser dudosa la elección?

Una llamarada de orgullo subió al rostro de Derstal. Se juzgó amado y se sintió deseado. Vió reproducidos en brillante espejo los palacios espléndidos, los inmensos terrenos, los majestuosos navíos, las fábricas grandiosas rebosantes de obreros, las líneas de ferrocarril trasladando de un punto á otro el comercio de un continente, los *trusts* extendiendo sus invencibles redes sobre el universo y reduciendo á servidumbre todos los pueblos, por el enriquecimiento y poderío de los reyes del oro. Y todo esto, grandezas, soberanía y lujo, le pertenecerían. El vértigo turbó su mirada y fué causa de que sus oídos zumbasen. Tuvo como la visión de un porvenir formidable y esplendoroso, que le sería procurado por el prestigio irresistible

de su talento. En el silencio de su pobre habitación murmuró:

— ¡No tengo más que querer, y todo es mío!

El timbre de su voz le devolvió la noción de la realidad. Miró á su alrededor, y vió la modesta cama de hierro, en la que tan apaciblemente dormía desde hacía dos meses; la mesa de madera pintada, en la que estaban esparcidas las páginas de su nueva partitura. Una sonrisa de triunfo pasó por sus labios. Puso su calenturienta mano sobre el papel rayado; leyó los últimos compases manuscritos, y exclamó:

— Hé aquí mi soberanía, la única verdadera. Ellos mismos lo confiesan y lo pregonan. ¿Voy, pues, á cambiarla por su efímero poderío? ¿Qué valen sus riquezas? ¿Cuánto durarán? ¿No saldría perdiendo en el cambio? No; la gloria vale más que su poder. ¿No sería un loco al sacrificar la una al otro para satisfacer un capricho de niño? Esta joven, ¿merece acaso que yo encadene mi vida? ¿Qué dirían mis amigos? Yo mismo.....

La noble figura de Eva apareció á sus ojos. La cantante formaba parte intrínseca de su celebridad, pues con los sostenidos esfuerzos de su talento había contribuido poderosamente á su éxito. ¿No le robaría la parte que le correspondía si la abandonaba al día siguiente de la victoria? ¿Y qué podía significar el amor de la fantástica y encantadora Susana si se comparaba con la noble y fiel ternura de su compañera en los días de tristezas?

Eva y él habían empezado la lucha juntos, y Ders-tal se debía á sí mismo la obligación de triunfar con ella y para ella. No podía hacerle traición sin aparecer á ojos de todos como un ingrato y un vil. En la pequeña habitación de casa de Salabería, y durante este día de severa meditación, no cesó de repetírselo, aun cuando tenía la convicción de que su destino no dependía más que de su voluntad, y que le bastaba extender la mano para convertirse en uno de los poderosos de la tierra. Tuvo la satisfacción de no vacilar. Ni siquiera admitió la posibilidad de desmentir su pasado, de abandonar su hermoso presente, de enrojecer ante Lavirón y de afrontar las lágrimas de Eva.

Se sentía resuelto á continuar su marcha hacia adelante en el camino del arte y á romper todos los compromisos aceptados en un día de apuro. Bastaría con que regresase á París con su partitura terminada para que su editor le prestase la cantidad necesaria para reembolsar el adelanto recibido del empresario americano, que estaba esperando la prometida *Leonora d'Este*. Por fortuna, en el contrato estaba prevista la retractación en un término de seis meses. Recobraría su libertad y continuaría por el camino recto y claro del trabajo honrado. El arte seguiría siendo su solo dueño. Sí; vivir sencillamente, gozar de las puras alegrías de la inspiración, ¿no sería una felicidad real y efectiva? Desde que había abandonado la sencillez de su primitiva existencia no había co-

nocido más que la amargura, la inquietud y la duda. Podía establecer la diferencia entre aquellos días envenenados y las horas deliciosamente tranquilas y fecundas que para él acababan de transcurrir en Venecia. Después de una experiencia tan completa y decisiva, no debía volver á engañarse nunca. Las cuatro daban en San Biagio; cogió su sombrero y su abrigo y se fué á pasear por el jardín, en el que sus solitarios ensueños se convertían en magníficas inspiraciones. Recorriendo los callejones de la ciudad muerta, se vió tal y como realmente era: débil de carácter y fácil de dejarse arrastrar; pero recto y sincero cuando era dueño de sí mismo. Juzgó que la amistad de los Brandón le era perjudicial, y decidió que, una vez pasada aquella noche en su compañía, tomaría el tren para Verona sin decir una palabra de su propósito, marchándose á escribir su último acto á la patria de los Capuletos y Montescos. Rió maliciosamente al pensar en la sorpresa que experimentarían los americanos, y firme en su resolución, y convencido de la prudencia que envolvía, volvió para vestirse y dirigirse después al hotel para comer con ellos.

La *Fenice* es uno de los más hermosos teatros de Italia, en donde están los mejores de Europa. Con la *Scala*, de Milán, y el San Carlos, de Nápoles, la *Fenice* puede muy bien rivalizar. La entrada no es grande ni suntuosa; pero la sala, blanca y azul, de un orden perfecto, con sus cinco